

ñados y honrados por la doctrina católica, lejos de ceder en perjuicio de los verdaderos intereses y del bienestar de la república, son virtudes eminentemente sociales, toda vez que contribuyen á impedir el excesivo desarrollo de la población con relación á los medios de subsistencia, y esto sin los peligros é inconvenientes que envuelve la violencia moral preconizada por Malthus, ó si se quiere mas bien, por sus discípulos, para las masas ignorantes ó para la clase numerosa de los obreros ó indigentes. Aquí, como en la astronomía, como en la geología, como en tantos otros ramos del saber, los adelantos del espíritu humano y los descubrimientos científicos han venido á confirmar y servir de brillante contraprueba á las afirmaciones de la doctrina católica.

Y puesto que hemos comenzado á hablar de lo que hay de exacto y verdadero en la teoría de Malthus, exige la crítica imparcial y severa que consignemos á la vez que esa teoría económico-política, en medio de sus errores y tendencias peligrosas, encierra un fondo parcial de verdad que puede reasumirse en los siguientes términos: «Entre la población y los medios de existencia de una nación, existe una relación natural y necesaria, por mas que sea difícil para nosotros determinar sus condiciones precisas y apreciar sus límites.» De aquí se desprende una consecuencia importante, y es que tanto el exceso como la insuficiencia de población ofrecen graves inconvenientes

para un Estado, bien que esos inconvenientes no son fatales ni irremediables, atendidas las condiciones propias de la especie humana, regida por una voluntad libre y razonadora, sujeta á leyes civiles y religiosas, sometida á la influencia enérgica de la opinión y de las costumbres. Es por lo tanto indudable que ni el aumento de la población ni el de las subsistencias se realiza entre los hombres según progresión indefinida; y es también incontestable, que la prosperidad de un Estado no se halla en relación precisa y absoluta con la densidad de su población, siendo condición necesaria para aquella prosperidad, que exista cierta relación armónica entre la densidad de población y los medios de subsistencia.

Es justo alegar también en favor y como disculpa de Malthus, la consideración de que su obra representa una especie de reacción contra la publicada por su compatriota Godwin, en la cual este, desenvolviendo la tesis de Rousseau, esforzándose en atribuir todos los males sociales á los vicios é imperfecciones de los gobiernos y de las instituciones políticas. Así es que según testimonio de Blanqui (1), Malthus solía decir en los últimos días de su vida «que encontrando el arco demasiado torcido en una dirección, se había visto

(1) *Histoire de l'Economie polit. en Europe*, t. 2.º, p. 25.

precisado á encorvarlo en contraria direccion para aproximarle á la línea recta. »

Empero, prescindiendo de estos motivos parciales de atenuacion, y considerando la teoría del economista inglés en el conjunto de sus doctrinas, aplicaciones y tendencias lógicas, no es posible desconocer que sería ciertamente triste y desconsolador por demás el estado de una sociedad en que reináran soberanamente y tuvieran completa aplicacion las doctrinas indicadas de Malthus y de sus discípulos: porque Malthus ha tenido y tiene aun en nuestros dias discípulos que, además de sostener y propagar sus teorías económico-políticas, se han dedicado y se dedican aun hoy á esponer y desarrollar las consecuencias rigurosamente sensualistas, pero tambien rigurosamente lógicas del sistema malthusiano. Testigo entre otros M. J. S. Mill, en sus *Principes d' Economie Politique*.

Volviendo empero á Malthus, oprímese el corazon al pensar lo que sería una sociedad en la que llegarán á encarnarse y dominar las doctrinas de este célebre economista. La molicie, el egoismo y el libertinage serian los caracteres propios de semejante sociedad, porque son los efectos naturales y espontáneos del sensualismo que informa su teoría económica, en la cual no se reconoce ni señala al trabajo mas objeto que el interés propio, ni otro estímulo que la satisfaccion de las pasiones, ni otro fin que los goces materiales de la vida presente. Cuando el trabajo y la ac-

tividad múltiple del hombre no tienen mas compensacion, ni mas premio, ni mas esperanza que los goces materiales y la utilidad del interés presente; cuando la idea de una vida superior y eterna no vivifica y ennoblece y fecundiza ese trabajo y esos esfuerzos múltiples de la actividad humana, es preciso que la pobreza sea el mayor de los males, y lo que es mas aun, el mayor de los vicios, porque en el sistema utilitario y sensualista, el mal se identifica con la carencia de los bienes y goces de esta vida.

Consecuencia legítima de la idea racionalista y sensualista que domina é informa las teorías económicas de Malthus y de Mill, es la doctrina de los mismos con respecto al modo de regular el movimiento de la poblacion. Como quiera que el desarrollo de la produccion y de las riquezas, es mas lento que el movimiento ascendente de la poblacion en circunstancias normales, resulta de aquí la dificultad de vivir con el bienestar y comodidad convenientes para los individuos de la sociedad, y principalmente para las clases mas numerosas de la misma. ¿Qué hacer en presencia de semejante dificultad? La economía política cristiana enseña el modo de disminuir, ya que no de evitar completamente, los peligros é inconvenientes que de aquí resultan, sin atentar á las leyes de la justicia y de la moralidad. En primer lugar, el celibato sacerdotal y religioso, mientras que por un lado contribuye á evitar la excesiva rapidez del movimiento de la pobla-

cion, influye eficazmente en la fecundidad del trabajo y la consiguiente produccion y distribucion equitativa de las riquezas, al difundir y arraigar en los miembros de la sociedad con su palabra y con su ejemplo los hábitos de orden, de prevision y de economía; al implantar y afirmar en los corazones el espíritu de sacrificio, de desinterés y de caridad; al presentar el trabajo como una ley universal y divina, como una virtud santificante, que conduce á Dios y á la vida eterna, como el origen parcial y como condicion natural de la dignidad y de la libertad humana. Por otra parte, la economía política cristiana contribuye al mismo resultado, predicando la castidad correspondiente á cada estado, refrenando las pasiones impetuosas de la juventud, evitando las uniones conyugales precipitadas y sin reflexion, y en general, disminuyendo los nacimientos ilegítimos por medio de la regularidad de las costumbres públicas y privadas. Si necesario fuera no nos seria muy difícil demostrar con la estadística y la historia, que cuando el espíritu y la doctrina del catolicismo han ejercido su benéfica influencia de una manera preponderante y universal en la sociedad y en las naciones, estas han visto acrecentarse rápidamente su poblacion y en proporcion análoga los productos del trabajo, sin dar origen á un desnivel temible entre la poblacion y los medios de subsistencia. Consúltense los trabajos de Léopold Delisle, de Lavergne, y principalmente los de Dureau

de la Malle, y se verán las pruebas de lo que dejamos asentado, es decir, el gran movimiento de poblacion, de riquezas y de bienestar general, realizado durante el siglo XIII y parte del XIV, movimiento reconocido por el mismo Mr. Henri Martin, nada favorable, como es sabido, á la Iglesia católica. «Se ve, pues, concluiremos con Mr. Perin, que la influencia dominante del cristianismo sobre la sociedad en el siglo XIII habia producido las consecuencias mas felices en el órden material. Los recursos crecian rápidamente con la poblacion. Ahora bien, este desarrollo tan notable de poblacion y de riquezas coincide con la viva impulsión religiosa que á la sociedad imprimieron los órdenes mendicantes, y la sociedad de la edad media llega al apogeo del poder moral y material, precisamente cuando triunfa el principio de la abnegacion y sacrificio.»

VI.

Pongamos ahora en frente de la solución católica del problema de la población, la solución de Malthus, de Stuart Mill, y en general, de la Economía sensualista y racionalista. Reconociendo esta la dificultad suma de poner al nivel del movimiento de la población el desarrollo y acrecentamiento de las riquezas, dificultad que se hace insuperable cuando al trabajo productor de esas riquezas se señala el interés personal y los goces materiales como regla suprema, estímulo principal y fin último, convierte sus miradas hacia el segundo término del problema, buscando medios de retardar el movimiento ó desarrollo de la población, á fin de mantener el equilibrio entre este movimiento y la producción de las riquezas. De aquí la teoría de los economistas racionalistas y sensualistas acerca del estado estacionario de la población, como condición normal de la sociedad. Y en verdad que semejante teoría es una aplicación lógica y una deducción legítima de la economía sensualista. Porque la verdad es que si el ideal de la vida humana es el dis-

frute tranquilo del bienestar y de los goces terrenos, preciso será evitar á toda costa y por todos los medios el desnivel entre la población y las riquezas, á fin de que estas y los goces que producen se hallen al alcance de todos los miembros de la sociedad. ¿Qué resulta de aquí? Que la Economía política racionalista, sintiéndose impotente para resolver el problema del equilibrio entre la población y las riquezas, porque rechaza la solución de la Economía cristiana, que resuelve el problema de la manera que es soluble, atendidas las condiciones presentes de la humanidad, por los medios que arriba quedan indicados, véase precisada á retroceder veinte siglos para plagiar y reproducir las doctrinas tan inmorales como contrarias á la dignidad y libertad del hombre, adoptadas por las escuelas paganas. Las trabas legales para la realización de los matrimonios, la prohibición de los mismos á las clases obreras é indigentes mientras no se hallen en posesión de una fortuna determinada, impedir la procreación y buscar la esterilidad relativa sin reparar en medios, he aquí los procedimientos adoptados y aconsejados por la moderna Economía política del racionalismo para resolver el problema indicado. No es difícil reconocer las infamias de todo género, la inmoralidad y el libertinaje á que es ocasionada semejante solución. La dignidad del hombre, la santidad de la unión conyugal, la libertad individual, la moralidad pública y privada, la fecundidad ordenada de

la especie, son á todas luces incompatibles con las teorías, los consejos y preceptos de los economistas de nuestros dias que se inspiran en las doctrinas de Malthus, de Stuart Mill y de otros partidarios de la Economía sensualista.

Sabidas son las doctrinas tan absurdas como inmorales de Platon, sobre los medios que debian adoptarse para prevenir el aumento excesivo de poblacion. Sabido es tambien que Aristóteles, que se complace en rechazar y refutar frecuentemente las teorías económicas y políticas de su maestro, aprueba y adopta explícitamente su doctrina sobre la materia que nos ocupa. «Pertenece á la ley, escribe (1), determinar los recién nacidos que deben ser espuestos ó alimentados. No se deben criar niños deformes. Si es necesario detener el exceso de poblacion, y por otra parte las instituciones y costumbres se oponen á la esposicion de los recién nacidos, el magistrado fijará á los esposos el número de hijos que deben engendrar. Si la madre llega á concebir mas que el número prescrito, estará obligada á abortar antes que el feto esté animado.» ¡Quién lo creyera! estas doctrinas del paganismo que la ciencia y la conciencia de la humanidad iluminada por los vivos fulgores del cristianismo, parecian haber desterrado para siempre, han sido repro-

(1) *Polit.*, lib. 8.º, cap. 3.º

ducidas, y lo que es mas aún, hasta exageradas y sobrepujadas por el racionalismo sensualista de los economistas contemporáneos. Algunos de estos, para evitar el incremento excesivo de la poblacion, proponen medios que la pluma se resiste ni siquiera á indicar, cuanto menos escribir. Otros aconsejan prevenir el exceso de poblacion, sometiendo á los recién nacidos á una asfixia sin dolor, preparada por el ácido carbónico. Prudhon nos habla de los procedimientos de cierto doctor que propone la extraccion del feto y la eradicacion de los gérmenes implantados contra la voluntad de los padres. Algunos, en fin, proponen otros medios que no es posible consignar. Hé aquí el abismo sin fondo, el cieno y la podredumbre á donde viene á parar finalmente la razon humana, siempre que orgullosa reniega de Dios y aparta su vista de la verdad cristiana.

Y téngase presente, que aparte de la repugnante inmoralidad inherente á los medios escogitados por la economía sensualista para establecer y conservar el equilibrio entre la poblacion y las riquezas, algunos de esos medios suelen tener un resultado contrario al previsto y esperado por sus encomiadores. M. Le Play, hablando de los obreros de algunas partes de Alemania, sujetos á reglamentos prohibitivos del matrimonio hasta adquirir recursos determinados, escribe lo siguiente: «Estos reglamentos no solamente tienen el inconveniente de ser contrarios á la moral, sino que no consiguen en manera alguna el objeto en vista del

cual fueron promulgados. Así es que los obreros de la corporacion de I... contraen todos desde su primera juventud uniones ilícitas, las cuales se legitiman ordinariamente en la época legal del matrimonio.» (1) M. Monnier afirma en su *Historia de la asistencia*, que el resultado de análogos reglamentos en Suiza, ha sido aumentar la miseria en vez de reducirla, contándose en el canton de Berna un pobre por cada nueve habitantes. Este aumento de pauperismo, por idénticas causas, ha sido señalado tambien y comprobado por Roscher respecto del Mecklembourg-Schwerin (2).

Pero hay mas todavía: los principios esencialmente racionalistas y utilitarios de la escuela económico-sensualista, despues de conducir á sus partidarios á las soluciones inmorales, añejas y retrógradas del antiguo paganismo, los arrastran tambien al socialismo moderno, á cuyas novísimas teorías abren la puerta y preparan el camino, al adoptar como ideal el estado estacionario de la poblacion y la posesion de los goces de la vida para todos los hombres, como término de sus aspiraciones, de su actividad y de su mismo ser. No será difícil convencerse de esto, leyendo y meditando el siguiente notable pasaje, en el cual M. Carlos Perin resume y expone las tendencias socialistas

(1) *Les ouvriers européens.*

(2) Véase su obra *Principes d' Economie politique*, § 249.

del citado Stuart Mill, uno de los mas importantes y, tal vez, el principal representante de la Economía política racionalista y sensualista. «Arrastrado por la lógica de sus principios, M. Mill, despues de haber sacrificado la libertad individual con la dignidad del matrimonio, sacrificará tambien la propiedad. Así es que solo por la destruccion del orden social en sus bases mas esenciales, la familia y la propiedad, llegará á comprimir la expansion natural de las generaciones y á fijar la sociedad en aquel bienestar constante y permanente que constituye, en su opinion, el ideal de la misma.

Para una sociedad que no tendrá otro móvil que el amor de los goces, el deseo de asegurarse el bienestar será el único motivo que podrá determinar á poner en práctica la abstencion ó enfrenamiento moral. Mas ¿cómo hacer comprender el precio del bienestar á hombres que jamás lo experimentaron? M. Mill reconoce que esto constituye una imposibilidad en el orden regular de las cosas. Para llegar á este resultado es preciso que alguna gran medida política acreciente en poco tiempo los recursos de las masas, de manera que sintiendo con viveza los efectos felices de este cambio de condicion, y apreciando en su justo valor el bienestar, no corran el riesgo de perderle echando en olvido la ley de la represion moral.

El objeto intentado por Mill no puede alcanzarse sino por alguna de esas medidas revolucionarias, que